10893

TRAINEROS Y JEITEROS

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

ÁNGEL JULIAN

ASTORGA:
EST. TIP. Y LIB. DE N. FIDALGO,
Seminario, 3.

1904

9

TRAINEROS Y JEITEROS

TRAINEROS Y JEITEROS

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

original de

ANGEL JULIAN

ASTORGA:
ESTABL. TIPOG. DE N. FIDALGO,
Seminario, 3.
—
1903

A Florinda Velasco

El autor.

PERSONAJES

CARMELA.	XAN
D.ª AMALIA.	SR. ANSELMO.
MUJER 1.ª	D. RICARDO.
MUJER 2.ª	UN PESCADOR.
MUJER 3.ª	OTROS PESCADORES.

La acción en una aldea de pescadores en Galicia.
Epoca actual.

Es propiedad.

ACTO PRIMERO

A orillas del mar.

ESCENA I.

XAN *y pescadores sentados al pié de una roca.*

XAN. Leyendo en un periódico: «El conflicto sigue agravándose y no tardando Traineros y Jeiteros vendrán á las manos sin que nadie pueda evitar la lucha sangrienta que amenaza.»

Estruja el periódico con rabia.

¡Una lucha muy sangrienta!...
A la verdad; no se engañan,
Ya hace tiempo que sufrimos,
y tanto sufrir nos cansa.

PESC. 1.º No hay remedio.

XAN. Eso quiero:
que desperteis, camaradas.
El que está encima nos pisa,
y de desgracia en desgracia
vamos rodando al abismo
mientras rien á sus anchas
esas gentes que nos buscan
para acrecentar sus arcas
y humedecer sus dineros
con nuestro sudor. No, basta.
Antes... antes que nos metan
una docena de balas
en el cuerpo; moriremos

669280

defendiéndonos. Es tanta
la desgracia que llevamos
encima de nuestras almas
que ni respirar podemos
luchando con nuestras ánsias.
¿No pedimos cosa justa?

PESCADORES Justa es.

XAN. ¿Pues por qué causa
nos vamos á morir de hambre
tendidos en las barracas?
El bien del mar es de todos:
ó Dios, injusto, les manda
que á ellos les dé su riqueza
y á nosotros sus amargas
olas, el viento, la lluvia,
el naufragio y la desgracia?
¿Es ley que ellos cojan todo
entre sus sangrientas garras
mientras desde aquí miramos
cómo queda limpia el agua
de pesca para nosotros?
Ni es de justicia, ni es nada:
y si alguno les dijere
que el derecho les ampara,
es que el infeliz no sabe
que el pobre resiste y calla,
pero al fin se vá su mano.

PESC. 2.º ¡Ay! Xan, pero es tan menguada
nuestra fuerza que no puede
cojer alientos que escapan
del corazón poco á poco.

XAN. ¿Desmayais?

PESC. 3.º ¿Quién no desmaya
al ver que ellos, guarecidos
entre muros de oro y plata,
defendidos por la fuerza
rien de nuestra desgracia,

mientras nosotros seguimos
agotando lo que falta
para morir de hambre y frío
y teniendo á las espaldas
contínuamente la fuerza
de ellos, que es su amenaza,
sin dejarnos respirar,
sin que podamos el alma
desahogar con estos restos
de vida débil y escasa
que como sepulcro frio
guarda el pecho?

XAN. Nada, nada;
hay que marchar á la lucha.
La miseria nos amaga.
Encima de nuestros cuerpos
ellos suman sus ganancias.
Vendrá el hambre y no habrá pan
y el que á ganarlo al mar salga
va á cambiarlo por la vida
para dejarlo en el agua.
Sinó alzamos la cabeza,
sinó alentamos el alma
entonces no habra remedio,
es segura la desgracia
Mirad: ¿Sería de razón
que ahora yo os robara
el aire que respirais
para saciarme á mis anchas,
y vosotros al notar
que la vida os faltaba
tuvieseis que huir muy lejos
por esa vida robada?
Todos los hombres tenemos
igual derecho á las auras,
á las aves que la surcan
y á los peces que en el agua

viven: nadie es más dueño
de esa riqueza encantada,
que Dios al darla la vida,
para los hombres la iguala;
el rico tiene su parte
y al pobre otra igual no falta.
¿Y quieren ellos burlarse
de esa igualdad, poner raya
que la divida, escogiendo
lo mayor para sus garras?
No. Nos roban el aliento,
la vida, el aire... nos matan.
Levantemos la cabeza;
alentemos más el alma
y cortemos esos pies
que sin piedad nos aplastan.

PESC. 4.º No hay más remedio, Xan.

XAN. Son
las únicas esperanzas.
Hay que marchar á la lucha.
Cuando se enciende en el alma
el fuego de la justicia
ni con todo el mar se apaga

(Salen los pescadores).

ESCENA II.

XAN

Esta pobre alma abrumada
bajo su dolor intenso
la hiel más amarga lleva,
lleva todos los inmensos
oleajes de ese mar
que á mis piés está rugiendo.
Tanto daño tanta pena
como en tus aguas yo veo
y sin embargo te admiro

y sin embargo te quiero.
Tu me diste entre la bruma
de vida el primer aliento;
tu me enseñaste á vivir
y á querer y el desconsuelo
lleva á mis ojos tus aguas
amargas como el tormento.
Aquella mujer que adoro
de la que llevo aquí un templo
(señala el corazón)
en el que yo me recojo,
en el que yo la venero
como á la Virgen del mar
que calma el furioso viento
de la tempestad del alma,
aquella mujer que quiero
hoy está rica, muyrica
y su mirar es de hielo.
¡Ah, como cambia el amor
ante el poder del dinero!
Aquella mujer decía
que yo sólo era su cielo
y cuando cogía sus manos
y las llenaba de besos
de emoción, entre las mías,
se estremecían. Su pecho
entre fatigas de amores
sólo era un volcán ardiendo.
Hoy veo que me engañaba;
que falso fué todo aquello
y que aquel fuego tan grande
que yo notaba en su seno
cuando sus manos cogía
era fuego del infierno.
Aquella mujer, sí aquella...
Aquel pedazo de cielo
que viene todas las tardes

á pasear por el puerto,
para mirarse en las aguas
y para darme tormento.
Aquella mujer que viene
pisando el árido suelo
con el zapatito blanco
lleno de flores el pelo...
¿Te acuerdas cuando los dos
nos íbamos mar á dentro
tus pies hermosos descalzos
y el pelo en dos trenzas suelto,
que al verte yo tan hermosa
en mi falucho, contento
entonaba mis canciones
y te llamaba lucero?
Tú no te acuerdas porque
eres rica y yo no puedo
pretender tantos tesoros.
Uno solo es el que quiero
que eres tu, ¡pero el destino
me lo ha llevado tan lejos!...

ESCENA III.

XAN Y CARMELA *por la izquierda.*

XAN. Carmela, Carmela...
CAR. (sorprendida) Xan...
XAN. Soy Xan, aquel que se estruja
el corazón en silencio,
porque el desdichado busca
un amor con que soñó,
una aurora de hermosura
lejos, muy lejos y yo
no quiero que el pobre sufra
buscando lo que no alcanza
jamás.
CAR. Piensas con cordura.

¿Para qué darse tormento
buscando en la noche obscura
un sol que brille radiante
con luz intensa y purpúrea?

XAN. Tienes razón: tal sería
pedir al fuego frescura
y al hielo calor; por eso
me retuerzo el alma. Escucha.

CAR. ¿Qué deseas?

XAN. Recordarte...

CAR. Los recuerdos no me gustan.

XAN. Amargan tanto, Carmela...
Pero es fuerza, que te acusa
el mar de tu crueldad
y debes temer sus furias.
El sabe nuestras historias
y cuando mi barca surca
sus aguas, me vá contando
mis desdichas una á una
tan triste, que va gimiendo
detrás de mi. Oye, escucha
un momento nada más.
Es justo que la amargura
alguna vez á tus labios
llegue.

CAR. ¡Bah! Nada me asusta.

XAN. A la mar juntos salimos
en una noche de luna
en mi barca; tu escuchaste
en mi interior una lucha
desesperada, más tu
ahuyentaste la penumbra
de mi pecho enamorado
y entre palabras confusas
oí decir: «mio Xan»
y al gustar tanta dulzura
en tus palabras, creí

que el mar me ahogaba en su espuma.
Después que entre las riquezas
fuiste á lucir tu hermosura
te has olvidado que quedan
abajo las noches puras
de tus primeros amores
y desde la regia altura
nos ves surcando las aguas
luchando en faenas rudas
por un poco de pan duro
que sólo ablanda el que suda...
Y tú ries, y no sabes...
no te acuerdas ¡Oh locura!
que una pobre también fuiste
y que comiste la dura
borona junta conmigo.
Y eres tú la que repulsa
mi amor ?...Mujer sin entrañas,
por tí no brilla la luna
de aquellas noches serenas
de mí amor, por tí no ondula
el mar bello ante mis ojos,
porque tú desde la altura
mandas al mar la tormenta
para que á mí me confunda.

CAR. No, yo no, Xan. No he llegado
á aborrecerte: la lucha
ha sido grande y al fin
no hay alma que no sucumba
á la fuerza.

XAN. Ve la mía
que á nadie busca en su ayuda
y vence siempre.

CAR. Tu sabes
lo que es mi tío; sepulta
honra, amor y sentimientos
ante el dinero. Yo pura

tenía el alma como un cielo
cuando me marché, y mustia
y dura como una piedra
él me la volvió; sin duda
vió que aquello era un tesoro
y me lo robó. ¡Que angustias
pasé al principio después,
como á todo se acostumbra
el corazón mi tristeza
hallo el sepulcro en su cuna.
Nunca me hablaron de amor,
sólo el brillo me circunda,
con que, Xan, entiende bien
si todo esto me disculpa.

XAN. ¿Pero porqué no despiertas
de ese sueño que te abruma?
¿No ves que así no se vive?
¿No ves que así te sepultas
en una muerte temprana?
Tú no vives, no. Escucha..

CAR. Suéltame, Xan; tus palabras
anuncian mi desventura.
Jamás volveré yo aquí.

Xan. ¿Jamás? ¡Ay, triste ventura!...
Pero no; tú volverás
y en una noche de luna
los dos sólos en mi barca
entre la pálida nubla
juntos, muy juntos iremos
buscando el cielo que endulza
todas las penas del alma.
Tú volverás.

CAR. No, Xan; nunca.
Así no recordaré.

XAN. Sí; volverás, y tan puras
volverán aquellas noches...

CAR. No, no. (Sale derecha)

XAN. Correré en tu busca.
Lo que es del mar al mar vuelve
y tu vendrás, criatura.

ESCENA IV.

XAN

Tu vendrás; el corazón
latiendo me lo asegura.
Si es riqueza lo que quieres
hasta que sientas harturas
oro he de darte, mujer.
La mar es ancha y profunda:
en ella cogen las glorias
y las penas, se sepultan.
Tu volverás. Por ti á todo
me arriesgo; por tu hermosura
llegaré donde jamás
pensé llegar: á la altura
donde estás tú, y si es crimen
el amor me lo disculpa. (Sale derecha)

ESCENA V.

SR. ANSELMO *desembarcando.*

Toda la tarde en el mar
y al fin con poco provecho,
la pesca que hay en mi barca
poco vale. ¡Todo ellos!
Para nosotros nos dejan
las negras olas, el viento,
las duras peñas en ellas
á estrellarnos siempre expuestos
Alegres y bulliciosos
por las tardes en el puerto
viran sus traineros barcos
de pesca abundante llenos.
Nunca se acaban las luchas.

Nadie consigue que el genio
de la guerra quede hundido
para siempre en los inmensos
abismos. Volando libre
continuamente entre el negro
velo de la infausta noche
del odio, siempre inquieto
lanza al hombre contra el hombre
y convierte en cementerio
este mundo que Dios hizo
para igualarlo á su cielo.
Sufrir más no puede ser.
Ya va acercándose el tiempo
de decidir; porque así
á la fuerza moriremos
sin un pedazo de pan.
Estamos siendo el desprecio
de todos; somos la escoria
de la humanidad. Tenemos
en sus manos la existencia.
Nos llaman hombres de hierro
sin saber, que si ahora fríos
y duros permanecemos,
nos volveremos terribles
cuando entremos en el fuego.

ESCENA VI.

SR. ANSELMO Y D. RICARDO *por la izquierda.*

D. RIC. (Fatal encuentro.)
SR. AN. (reparando en él.) (Ricardo.)
Oye.
D. RIC. deteniéndose: (Le temo.)
SR. AN. (Por Dios,
que la rabia no me deja
hablar.)
D. RIC. Anselmo....

SR. AN. acercándose: Soy yo,
Ricardo. Ya que la suerte
ó la desgracia aquí hoy
te junta conmigo, espera
y escucha el terrible son
de esos gemidos que el mar
está lanzando, rumor
de algún secreto que á solas
nos vá á decir á los dos.
Tú fuiste como yo ahora
un mísero pescador.
La suerte que de otros huye
entre tus manos cayó.
Más ¿para que recordar
historias que en tú favor
no dicen nada y en cambio
son tú eterna acusación?
Hoy eres rico, muy rico;
tienes barcos de valor;
tus inmensos almacenes
de pesca están llenos. Yo
sigo en mi pobre barquilla
luchando con el fragor
de las olas y habrá días
que no pesco ni aún dos
libras, expuesto siempre
al naufragio.

D. RIC. ¿Y crees que yo
lo remediaré?

SR. AN. Ricardo...

D. RIC. ¿Por ventura obligación
tengo yo de enriquecerte?

SR. AN. No entiendes.

D. RIC. Si entiendo.

SR. AN. No.
Yo no pido tus riquezas;
si mal ó bién las juntó

tu mano, que te aprovechen.
Lo que quiero es compasión
para el que no tiene nada.
Tanto apretáis que ya no
es posible respirar.

D. Ric. ¿Cómo pedis protección
sinó apagais esos odios
tan formidables, sinó
pensais más que en maldecirnos?

Sr. An. En la desesperación
no podemos más que odiar.
Nos falta el pan y si al sol
pudieseis llegar vosotros
nos faltaría hasta el calor.
¿Cómo quieres que callados
estemos?

D. Ric. Sois el baldón
de la humanidad.

Sr. An. Vosotros.

D. Ric. colérico: Anselmo!..

Sr. An. fuera de si: Vosotros... Yo
al que explota sin conciencia
le llamo siempre ladrón.

D. Ric. ¡Viejo cobarde!

Sr. An. Escucha.

D. Ric. No me hables más.

Sr. An. ¿Quién te dió
tanta riqueza?

D. Ric. El mar.

Sr. An. Pués tu mano lo asoló,
porque yo por más que busco
no encuentro nada. Por Dios,
que la riqueza que guarda
alguno se la robó.
Vuestra red todo lo asola;
con bién escasa labor
y en un momento recoge
lo que jamás recogió

en un día de trabajo
un infeliz pescador.
A mis palabras yo creo
no has de negar la razón.
El hambre nos amenaza.
Haced en nuestro favor
alguna cosa.

D. Ric. Yo no
puedo disponer de nada
en este asunto. Pués sois
exigentes.

Sr. An. Todo el mundo
sabe nuestra situación

D. Ric. Tened paciencia. (Sale derecha.)

Sr. An. (¡Infames!...)
No lo olvides: desde hoy
queda firmada la guerra;
lanzada la maldición.

ESCENA VII.

Sr. Anselmo

¿Quereis guerra? la tendréis.
Si el oido habeis cerrado
á nuestros humildes ruegos,
si vosotros estais hartos
y no sentis las fatigas,
ni os abruma el cansancio,
nosotros perdemos fuerzas
poco á poco trabajando.
Tenemos hambre y es justo
que aunque duro, pan tengamos.
El hombre que como yo
tiene el cabello ya cano,
el que siempre vivió pobre
después de sesenta años
que sin descansar apenas
envejeció en el trabajo,

y cuando á la tierra inclina
su cuerpo achacoso y tardo
vé por premio á su honradez
que le arrancan sus harapos
y le quitan el sustento
que Dios ofrece á sus manos,
que le escupen á la cara
y le pisan y su llanto
es la risa de esos... necios,
almas muertas cuerpos hartos,
ó al mar se lanza á morir
por no ser más desgraciado,
ó á esa canalla inmunda
la destroza entre sus manos.
Estamos sólos y en balde
por la justicia clamamos.
Aquellos que su deber
es cortar lo que no es sano
dejan pudrir á la plebe
dando á los grandes más amplio
poderío, porque saben
que esa plebe que han pisado
está sin fuerza en el alma
y tiene el cuerpo cansado
y solo para llorar
sabe levantar sus brazos.
Despierta infeliz y mira
á esos que llamas hermanos
como dominan tu cuerpo
cual un miserable esclavo.

Xan entra en escena se sienta y queda pensativo.

Despierta y junta las fuerzas
y cuando esté ya cargado
el volcán préndele fuego
y que estalle, aunque muramos
todos á su fuerte impulso;
y de este suelo abrasado

acaso nazcan los hombres,
los verdaderos hermanos.

ESCENA VIII.

SR. ANSELMO Y XAN.

SR. AN. ¿Que es esto Xan?
XAN. Ola, padre.
SR. AN. ¿Que te pasa?
XAN. Lo de todos
los días, sin esperanza
de que pase de otro modo
SR. AN. ¡Ay Xan! mal camino llevas.
Míralo bién, no seas tonto,
que vale más el martirio
que al alma dás que los gozos
de todas las hermosuras
de la tierra, reflexiónalo.
XAN. Padre, no puedo el querer
reducir; se me hace sordo.
De amor guardo en este pecho
un corazón ambicioso
que nunca llega á saciarse
porque jamás llega al colmo.
SR. AN. Pero vé que es imposible
poder llegar hasta el logro
de eso.
XAN. Padre, no lo sé.
No quiero saberlo.
SR. AN. Solo
el empeño en tales cosas
puede poner algún loco.
Esa mujer se olvidó
de lo que fué: que del lodo
salió, de entre la miseria,
después de pasar por todos
los tormentos de la vida

y hoy en medio de su ocio
ni recuerda aquellos tiempos
ni se acuerda de nosotros.
Busca, busca otra mujer.

XAN. Padre si ya ante mis ojos
todas las bellezas pasan
como una nube de polvo.
Sólo Carmela.... Esa sí,
Por ella me vuelvo loco.
Aún la veo aquí en la playa
con aquellos labios rojos
sonreirme. Aún la veo
con aquellos piés tan cortos
y blancos como la nieve
correr tras de mi con gozo.
Estoy sintiendo en mis manos
las suyas y de sus ojos
desciende una luz brillante
que me fascina del todo.
¡Ella sola y nadie más!
grita desde lo más hondo
del corazón mi querer
y esta voz no la desoigo.

SR. AN. ¿Pero que piensas hacer
infeliz?

XAN. Pués haré todo
lo que pueda por salvarla,
por hacerla ver que sólo
por ella vivo y aliento
encerrando en lo más hondo
de mi pecho un amor grande
y solo para ella.

SR. AN ¡Tonto!
Sufrir por quien no padece
por quien no vuelve los ojos
y acaso de ti se rie.

XAN. Padre, no, no...

SR. AN. Tu estás loco.
XAN. Ella no tiene la culpa
de que esté en tal abandono
su corazón.
SR. AN. La cegaron
con la brillantez del oro.
XAN. Eso, padre, no me importa,
que yo, sin más patrimonio
que mi amor, llegaré allí
donde puede llegar solo
el hombre que corre en busca
de algún amado tesoro.
SR. AN. Tendrás que tener riquezas.
XAN Las tendré.
SR. AN. ¿Y de qué modo
te harás con ellas?
XAN. No sé,
no sé, padre.
SR. AN. ¡Pobre mozo!
Con cuantas desilusiones
vás á encontrarte!..Tus hombros
abrumados por las penas
mentirán tus años cortos.
El alma envejecerá
y tu vida poco á poco
falta de dichas alegres
irá á su ocaso más pronto.
No, Xan, no: yo que te quiero,
yo que por tí con el ronco
viento he luchado en el mar
y en esta tierra con todo
lo que pudiera dañarte,
yo que veo en ti el apoyo
para mi vejez cansada,
para mi cuerpo achacoso
que en tu joven alma busca
un refugio caluroso

para que abrase la mia,
con lágrimas en los ojos
te pido, por Dios, que olvides
un amor tan impetuoso.
La lucha es muy desigual
y tu caerás en el fondo
del abismo, fatigado,
sin poder llegar al logro
de tus deseos. No, Xan...

XAN. Padre, no puedo, me ahogo
si este amor que es mi alimento
dejo morir. Todo, todo
lo arrostraré por lograrla.

SR. AN. Entonces no te perdono.
La muerte te das tu mismo
y sucumbirás muy pronto.
Haz lo que quieras.

XAN. No puedo
buscar sin ella reposo.
¿Que importa que sufra ahora
si después sus labios rojos
han de posarse en los mios,
si ha de llegar hasta el hondo
de mi pecho la luz pura
del fuego de aquellos ojos?
Ruda va á ser la batalla,
pero el final, será hermoso.

ESCENA IX.

DICHOS *y un* PESCADOR *por la izquierda*

PES. Dios les ayude.

SR. AN. Y á tí,
buen mozo ¿Que traes de bueno?

PES. De bueno muy poca cosa;
ya ve usted.

SR. AN. ¿Vienes del puerto?

PES. Si, señor.

SR. AN. ¿Y que se dice?
PES. Todo mundo está mordiendo
el corazón.
SR. AN. Es preciso
que no nos acostumbremos
á estar siempre como ahora
en el más duro silencio.
La verdad, que somos tontos.
Es el afan que tenemos
los desgraciados: callar.
¿Porqué callar si el remedio
tenemos en nuestras manos?
Anda, que si ahora ellos
nuestras súplicas no escuchan
y no les infunden miedo
nuestras amenazas, pronto
despertarán de su sueño
y verán la realidad
envuelta entre sangre y fuego
PES. Esta tarde un delegado
junto á nosotros ha vuelto
á proponer condiciones.
SR. AN. Las condiciones son ellos
los que las han de firmar
y sinó firman el pliego
que nosotros les hagamos
con sangrê lo firmaremos.
¿Y qué habeis hecho?
PES. Decirle
que se fuera de paseo.
Que estamos ya muy cansados
de estar á merced del viento.
Que haremos lo que nos plazca,
lo que convenga.
SR. AN Bién hecho
está; porque somos hombres
y tenemos igual que ellos

derecho á ganar el pan
y en santa paz á comerlo
sin que nadie nos lo impida

PES. Haga cuenta que tenemos
encima ya fuerza armada

SR. AN. ¡Qué!...

PES. Nada, señor Anselmo;
que el delegado amenaza
con un batallón entero
sinó hacemos lo que ordena
firmando el maldito pliego

XAN. ¿Qué pliego?

SR. AN. Cual ha de ser?
Todo lo que quieran ellos.
Lo que más les acomode
ya sea malo, ya sea bueno.
¿Qué importa que allí esté escrita
nuestra sentencia si el medio
es bueno para que hagan
de nuestro sudor dinero?
Ellos quieren sepultarnos
y hacernos guardar silencio
para que nadie nos oiga,
para que no nos quejemos
de nuestras desgracias y
sin que lance ni un lamento
el alma expire en un mar
de hieles y de venenos.
¡Ah! vereis en la lucha
quien ha de callar primero!

PES. No volverá el delegado
más si vuelve por el puerto
no le han de quedar más ganas
de irnos allí con más cuentos. (Sale)

ESCENA X

DICHOS *menos el* PESCADOR.

SR. AN. ¿No ves como nos oprimen?
Cada vez más. ¡Ay Xan!, esto
se vá haciendo insoportable.
Cada vez vamos á menos
y ellos al ver que callamos
aumentan los atropellos.

XAN. No importa. Todo concluye
y todo llega á su término.
Ellos vendrán á las manos
no tardando.

SR. AN. Pero luego
ya se buscarán defensa
y nosotros perderemos.

XAN. No tenga temor alguno
que si yo logro mi intento.
entonces ya están seguros.

SR. AN. ¿Que vas á hacer?

XAN. Solo quiero
que Dios me dé mucha suerte.

SR. AN. ¿No has de decirme...

XAN. No puedo,
porque usted se cegaría
y ante sus ojos no viendo
más que un crimen, sobre mi
su maldición al momento
lanzaría.

SR. AN. Que me lleve
la compaña, si te entiendo.

XAN. Pero, padre, ¿no es mejor
el esperar los sucesos?

SR. AN. Hijo, demasiado sabes
lo mucho que yo te quiero.
Si vas á buscar la suerte
que nos falta de hace tiempo,

entonces Dios, te bendiga;
tu padre será el primero
que ante ti caiga de hinojos
en nombre de todos esos
desgraciados.

XAN. Yo soy joven
y mi corazón intrépido
está dispuesto á gastar
en la lucha sus alientos,
mas seguro de vencer;
y juro que si no llego
á conseguir la victoria,
en ese sepulcro inmenso (por el mar.)
ocultaré mi desgracia.
Conque, padre, si no vuelvo
en un año á más tardar,
dentro del mar estoy.

SR. AN. Pero
vas á alejarte de aquí?

XAN. Es el único remedio.

SR. AN. Pero... cómo!...

ESCENA XI.

DICHOS y DOS MUJERES *que aparecen gritando sobre una roca.*

MUJ. 1.ª ¡Virgen santa!

MUJ. 2.ª ¡Que se ahoga!

SR. AN. ¡Eh! ¿Qué es eso?

MUJ. 1.ª ¡Mi marido, mi marido!...

ID. 2.ª ¡Bandera negra!...

SR. AN. Al momento,
Xan, suelta las amarras
y corramos que allí el viento
es terrible. La corriente,
si no llegamos á tiempo,
le arrastrará.

MUJ. 1.ª ¡Ay! ¡por Dios!...

MUJ. 2.ª ¡Dios Santo!! (cae de rodillas en actitud suplicante.

SR. AN. (saltando en la barca:) Por causa de ellos!
Vosotros teneis la culpa
de todos nuestros tormentos
¡caiga sobre vuestra frente
la maldición de este viejo!

Parten á todo remo.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Habitación amueblada con lujo. Puerta al fondo y laterales en la izquierda, primero y último término. A la derecha balcón.

ESCENA I.

CARMELA, D.ª AMALIA Y D. RICARDO.

D.ª AM. ¡Ay Ricardo estoy nerviosa;
temblando...

D. RIC. Siempre con miedo.
Sin duda á ti te parece
que defensa no tenemos.

D.ª AM. Pero son hombres terribles
y deben estar dispuestos
á hacer las suyas

CAR. separándose del balcón y poniéndose á trabajar en su labor. ¡Dios míol
esto no es vida,

D.ª AM. Debemos
salir cuanto antes de aquí.
Ricardo, vamos, no puedo
seguir viviendo tranquila.

D. RIC. Tonta tonta, tú crees que ellos
se han lanzado por las calles
campando por su respeto
sin que nadie les detenga?

D.ª AM. Pués casi estoy por creerlo.

Son tan terribles que nadie
les detendrá.

D. Ric. Bueno, bueno.
No hables tantas necedades.

D.ª Am. Solo al pensar en Anselmo
que es quién dirige la lucha...

D. Ric. ¿Anselmo? Anselmo es un viejo
lobo que será cazado
no tardando. Ese es un perro
rabioso que cuando muerde
deja en la herida veneno.
Ese es quién tiene la culpa
de lo que está sucediendo.
Si aquella tarde que estuve
con él...

D.ª Am. ¿Cuando?

D. Ric. Hace tiempo.

D.ª Am. ¿Y que te dijo?

D. Ric. Estuvo
alborotándome el genio
con sus palabras taimadas,
con sus súplicas y ruegos
cual si estuviese obligado
á repartir mi dinero
con él, ó á darle en mi casa
de preferencia algún puesto.
Después de haberse cansado
de apelar á sus lamentos
en abierta rebelión
se declara. Por supuesto,
que en presidio parará
y solo así acabaremos
de una vez con estas luchas.

D.ª Am. Tan afortunado acuerdo
debisteis llevar á cabo
hace ya bastante tiempo
y no cuando es algo tarde

y difícil el remedio.

D. Ric. ¿Y qué culpa tengo yo
si los demás no quisieron
evitar estos conflictos?
Pues, de seguir mis consejos,
esto iría de otro modo.

D.ª Am. Mas si no poneis un término
radical...

D. Ric. Esterminarles

D.ª Am. Lo que es como siga esto
asi, yo no espero más;
me voy donde quiera.

D. Ric. malhumorado: Bueno.
¿Me quieres dejar en paz?
Tengo ya poco tormento
sobre mí, que vienes tu
á aumentarle.

D.ª Am. Ya te dejo.
(Dios nos tenga de su mano)
sale primer término.

D. Ric. A esta solución me atengo.
¿No nos respetan? Mejor.
La fuerza será el derecho. Sale foro.

ESCENA II.

CARMELA.

No puedo seguir así.
Está pasándose el tiempo
sin que traiga para mí
el más pequeño consuelo.
Hace mucho que yo sufro,
tanto como no le veo;
de entonces continuamente
vienen á turbar mi sueño
visiones aterradoras
que al rededor de mi lecho
saltan en danza infernal

horribles muecas haciendo.
Un mar cubierto de sangre
bullir á mis plantas siento
y entre su rojiza espuma
al pobre Xan flotar veo.
¡Todas las noches lo mismo!...
y después cuando despierto
con pena me digo:—si
fuese verdad lo que sueño!..
Solo he visto por la playa
á su padre. ¡Pobre viejo!
Lleva un tinte de tristeza
en su semblante y su ceño
indica que la desgracia
viene á matar sus anhelos.
Cuando le veo se agitan
crueles mis pensamientos
y pienso más en que Xan,
el Xan de mi vida ha muerto;
que no es sola la tristeza
lo que en su semblante veo
y no es sola la desgracia
lo que me indica su ceño;
otra cosa más terrible
que al verla me desespero;
no he podido comprender
porqué causa lleva aquello...
Luto... luto... ¡Por su hijo!
¡Ah, no me engañan los sueños!
¡Pobre Xan!...

ESCENA III.

CARMELA *y una* MUJER *por el foro.*

MUJ. Dichosa tu,
que puedes gozar la vida
sin desgracias que llorar,

sin pesares ni desdichas.
Todo el mal para nosotros,
que apenas despunta el día
empiezan los sufrimientos
y los afanes, querida.

CAR. Ustedes ven nada mas
esta brillantez que oscila
ante los ojos, el rico
esterior que solo brinda
á vivir alegremente
y á gozar todas las dichas;
pero hay fanales de rosa
que deslumbrando la vista
saben guardar en su fondo
flores muertas y marchitas.
Se queja de su desgracia,
yo me quejo de la mía.
Usted llora libremente
y es muy fácil que reciba
de algún corazón consuelo;
mas yo en mi silencio hundida
lloro siempre y nadie viene
á secar mi llanto.

MUJ. Hija,
si no estuviera escuchando
lo que dices no creería.

CAR. Hay muchos que no lo creen;
porque muchos no adivinan
que tras un velo de encajes
se oculta la muerte misma.
Usted que me conoció
en aquella edad bendita
que todas mis esperanzas
en el verde mar tenía
cree que soy aqui feliz
como lo fuí á las orillas
del mar. ¡Ah! se engaña mucho.

¿Qué vale el oro si vida
quita al corazón y al alma,
si en lágrimas comprimidas
las perlas que llevo al cuello
se convierten? Hay quien grita
si alguna alhaja le roban.
A mi me roban la vida,
alma y corazón y sola,
sola lloro mis fatigas
porque nadie me consuela
ni mis pesares alivia

MUJ. ¿Pues qué te pasa?

CAR. Dios sabe.
Largo tiempo distraida
á mi pobre alma sostuvo
la felicidad ficticia.
Mas vi que esto era un engaño,
una ilusión de la vista,
porque al despertar en mí
la pasión adormecida
suspiré por la pobreza
que había dejado á la orilla
del mar; ¡pero ya era tarde.
¡Sepulcro aquel de mis dichas,
nunca ya por mi desgracia,
habeis de volver á vida!

MUJ. Vamos... Si; pues ya te entiendo
Xan...

CAR. La desventura mía
llegó hasta ahí...

MUJ. ¿No te quiere?

CAR. ¡Murió el pobre!

MUJ. (acariciando á la niña que llora y pide pan)
(Calla, hijita)
¡Ah, tu!.. ¿Pues que... no sabes?
voy á darte una noticia
que vuelva á tu corazón

de improviso la alegría.

CAR. (sobresaltada) ¿Qué? ¿Qué?

MUJ. (con misterio.) Que Xan está aquí.

CAR. ¡Virgen!

MUJ. Dicen que hoy al día
despuntar desembarcó
con gran cautela en la orilla.
Y dicen más; que si viene
muy rico.

CAR. Tanta es la dicha
que me embarga al escuchar
que aún vive, que mentira
me parece. No lo creo.
Xan, por desgracia, sin vida
está.

MUJ. Ve que lo aseguran.
Nadie se interesaría
en mentir.

CAR. No puede ser.
Sé que tengo ya perdida
toda esperanza de verle.

ESCENA IV.

DICHOS *y* D. RICARDO *por el foro.*

D. RIC. (á la mujer.)
¿Ya estás aquí otra vez? Mira
que me acabas la paciencia
y se colma la medida.
¿Que es lo que quieres, mujer?

MUJ. Trabajo; ¿no lo adivina?
Con seis hijos á mi lado
sin pan, sin lumbre y sin dicha,
con los ojos ye cegados
de tanto llorar, transida
de dolores y cansancio,

oyendo la gritería
de seis bocas que me piden
pan, ¿que quiere usted que pida?

CAR. La pobre mujer...

D. RIC. (á Carmela.) Tu siempre
has de salir con las mismas
intercediendo por estos...

CAR. (disculpándose.) Yo...

D. RIC. Por estos, que maldita
la honradez que existe en ellos

MUJ. (enérgicamente.) ¡Honradez!

D. RIC. No se me olvida
que en los tumultos pasados
tu esposo era el que quería
dar fuego á mis almacenes.

MUJ. Pero, señor...

D. RIC. No me digas
nada para sincerarle.
Tú marido era una arpía;
el mundo está bién sin él.

MUJ. Que importa al mundo que viva?
La máquina del trabajo
perdió una rueda, enseguida
habrá muchos que querrán
con ansia sustituirla.
¿Que culpa tienen mis hijos
para que les hagan víctimas
del hambre? Quiero trabajo
con el jornal que usted diga.

D. RIC. Me están sobrando braceros.

MUJ. (suplicante.)
Por Dios! por Dios!..A la niña Calla, hija.

D. RIC. Vamos, sal pronto de aquí.
que nos atruena esa chica.

MUJ. Señor...

D. RIC. colérico.) ¿Has oido? Vete
á que te dén la comida

los amigos de tu esposo.
(La empuja hacia la puerta.)

CAR. ¡Pero tío!...

D. RIC. Vete; mira
no quieras salir de aquí
á puntapiés.

MUJ. (llorando) Enseguida.
Mis hijos se morirán.
Justicia, señor, justicia. Sale por el foro. D. Ricardo mutis por el último término.

ESCENA V

CARMELA.

Cruel tirano, no sabe
que esa mujer sale herida
de muerte con sus palabras
y cuando llegue á su mísera
vivienda, sus pobres hijos
con esa ansia infinita
que el hambre marca en los seres
la cercarán. ¡Pobrecilla!
No podrá darles el pán
que esperan; su gritería
hará á la pobre mujer
llorar y á su llanto unida
irá la gran maldición
de los hambrientos que miran
como la mesa del rico
con la abundancia les brinda.
Yo no puedo en esta casa
seguir viviendo tranquila
porque la sangre me ahoga
y no contengo la ira.
Fuera los pobres están
gritando por la justicia.

Yo también quiero gritar
y á mis gritos irá unida
la maldición al tirano
que al pobre desprecia y pisa.

ESCENA VI.

CARMELA *y* D.ª AMALIA *por el primer término.*

D.ª AM. ¿Qué ha sucedido, Carmela?
¿Porqué estás tan escitada?
CAR. Acabo de presenciar
lo que jamás yo pensaba.
Vino una pobre mujer
con seis hijos, en demanda
de trabajo.
D.ª AM. Siempre igual;
pues si parece esta casa
una mina.
CAR. (con energia) No, señora.
D.ª AM. ¿Qué acento es ese?
CAR. ¿Lo estraña?
Hay cosas que no se pueden
disimular.
D.ª AM. ¿Qué te pasa?
CAR. El poco honor que me queda
se ha avergonzado de tanta
crueldad como demuestra
su esposo.
D.ª AM. (enojada) Niña...
CAR. Faltaba
fuego que á mi me avivase
los sentimentos del alma
que perdidos ya creía.
Una mujer desgraciada
que viene á pedir socorro,
trabajo, porque le falta

el pán que á muchos les sobra,
debe de ser respetada
por lo menos.

D.ª AM. Pero, niña...

CAR. Cuando la pobre lloraba
y la niña que temblando
agarradita á su falda
gritaba la pobrecilla
«¡pán! ¡pán!», una mano bárbara
la arroja de este aposento
y con violencia la lanza
á la calle: esto, señora,
no es digno de ningún alma
que se precie algo de noble;
sólo es propio de un canalla.

D.ª AM. ¿Pero qué es esto, Carmela?
¿Será preciso que ingrata
te llame?

CAR. ¡Ah! no, señora.
La gratitud no me falta.
Uno de los sentimientos,
que no he perdido en la larga
lucha que aquí he sostenido,
ha sido ese.

D.ª AM. ¿Qué es lo que hablas?
¿Qué lucha es esa?

CAR. La que
me robó, por mi desgracia,
de las orillas del mar
donde sólo respiraba
alientos puros. La lucha
sangrienta, desesperada,
que sostiene el corazón
cuando á la fuerza le arrastran
de un cielo claro y sereno
á una atmósfera viciada;
cuando al pecho con violencia

algún afecto le arrancan
y matan sus sentimientos,
que es la gran vida del alma.

D.ª AM. ¿De modo que tú prefieres
á este lujo en que te hallas
aquella afanosa vida
de trabajo y de desgracia?

CAR. Desgracia no: diga usted
aquella vida encantada
en que pasaban los días
de mi inocencia tan clara
como el cristal, sin pesares,
sin lágrimas y sin nada
que pudiera contristarme.
Un hombre que me adoraba
era toda mi ilusión.
Todo acabó. ¡Desgraciada!...
Trás de aquellas alegrías
murieron mis esperanzas.

D.ª AM. ¿Hablas de amor? ¿Quién no fija
en tí una sola mirada
sin que le deje hechizado
tu hermosura? ¿Quien no para
su vista en esos dos ojos
cuyos destellos abrasan?
Hablar de amor ya pasado
sin alentar esperanzas
de otros nuevos... ¡Pobre niña!
Tú no te miras la cara
en el espejo verdad?

CAR. Me miro sólo en el alma.

D.ª AM. Tonta, deja esos romances
que son de épocas pasadas.
A la sombra de tus tios
y al influjo de tú gracia
no tardando habrás de verte
de galanes rodeada.

Todos se disputarán
una joya que es de tanta
valía.

CAR. No puede ser.
Nadie osará una mirada
dirigirme: no haré caso
de las más dulces palabras.
Cuando el corazón es fuerte
la cabeza no le engaña.

D.ª AM. ¿Piensas en el pescador?
Te dá por la gente baja.

CAR. ¿Qué me importa? (¡Si viviese!)

D. AM. La locura es insensata,
por eso no me sorprende
oirte tales palabras.

CAR. Acaso llama locura
á los afectos del alma?

D.ª AM. Todo eso son tonterías.
Esperar, cuando esperanzas
no hay, cuando se habrá muerto...
Carmela, quiero en mi casa
cabezas con juicio sano.

CAR. suplicante. Por Dios, por Dios, D.ª Amalia.

D.ª AM. Echa al olvido esas cosas,
que si es verdad que te pasan,
debes hacerte los cargos
como sinó te pasaran.

CAR. Me ofende usted.

D.ª AM. ¿Que te ofendo?

CAR. Mi amor cruelmente ultraja.

D.ª AM. Has de saber que no quiero
romanticismos en casa.

CAR. (con desdén.) En el mar los buscaré,
señora.

D.ª AM. Bien.

CAR. (¡Desgraciada!)
cae sobre una butaca llorando.

D.ª AM. ¿Que en el mar los buscarás?..
Infeliz, como te engaña
la inesperiencia. ¿Acaso
podrás ser tan insensata
que renuncies á esta vida?
Por supuesto, que si hablas
de ese modo, no es porque á
á obrar como dices vayas;
que si adelantas el paso
para salir de esta holganza
y entras entre los trabajos
y la miseria, tu planta
se retirará muy pronto.
Al fin no son más que ráfagas
de cólera juvenil
que en un momento se apagan.
Sale último término.

ESCENA VII.

CARMELA *y* XAN *por el foro.* (Lleva capote de contra maestre, ancho sombrero, media bota y barba.)

XAN. (sin ser visto por Carmela y acercándose á ella poco á poco) Ya llegué. Un sueño ha sido,
He venido á despertar
á sus plantas. como hablando con su corazón
Calma, calma.
¡Oh, te alegras! ¿no es verdad,
pobre corazón? Después
de tan amargo llorar
te alegras al ver que viene
tus lágrimas á enjugar
en su caliz una rosa.
No, no sueño; es realidad.
(Acercándose lleno de pasión)
La luz de mis pensamientos

es esta, es esta. (Estrecha entre las suyas las manos de Carmela.)

AR. (volviendo en sí y aterrada.) ¡Piedad!

AN. ¿Piedad? ¿Porqué? ¿Tienes miedo
que te venga á reclamar
las noches de mis desvelos
obscuras, como infernal
abismo? ¿Crees que yo vengo
tan implacable á cobrar
deudas de amores pasados?
No, Carmela; mira ya
frente á frente. ¿Me conoces?
¿Tienes dudas?

AR. (llorando.) ¡Mio Xán!

AN. ¡Mio Xan!.. Ja, ja. Me rio
porque ya no sé llorar.
(Recordando) (¡Mio Xan!.. La misma voz
tan pura, tan celestial...
El eco de aquél amor
(oprimiendo el pecho.)
Calla, calla.)

AR. (cogiendose á las manos de Xan.) ¡Mio, Xan!

AN. Esa voz a mis oidos
trajo y llevó suave el mar
en una noche tranquila..
Suelta y mira si es verdad
que tienes ante tus ojos
al pescador que su hogar
dejó por seguirte á tí,
ciego con su loco afán.
Mira si soy... el que soy.
Todo se llega á lograr
si el hombre tiene un pedazo
de hierro por voluntad,
un amor por ilusión,
por corazón un volcán.
Acuérdate de la tarde

última que junto al mar
estuvimos los dos sólos,
acuérdate: ¿no es verdad
que tomaste mis palabras
como viento? Claro está;
no conocias lo grande
que era el amor de tú Xan
que entonces se proponía
hasta tus plantas llegar;
más alto aún. Y llegué.
Heme aquí. Me tienes ya
lleno de oro. ¿No querías
eso? Carmela, ya está
cumplido tu hermoso sueño.
¡Oro! ¡Oro!... Encontrarás
tantas riquezas que puedes
casi con ellas formar
una ciudad poderosa.

CAR. (maquinalmente.) ¿Una Ciudad?

XAN. Si; ciudad
de ladrones y de locos
para no vivir en paz
un momento. Ya me tienes
á tu lado ¿Y estás ya
satisfecha? En diez meses,
creo que no pude hacer más.
(Pequeña pausa. Carmela se estremece y Xan continúa con más firmeza.)
Edificaré un palacio
para tí y yo á pescar
volveré, porque estas ropas
me pesan mucho. ¿Que tal
te parece la idea? ¿Lloras?
Procurando calmarla:
No grites, calla...

CRA. ¡Mio Xan!
Mio Xan, no serás cruel

y no me abandonarás
ahora que junto á tí
llena de felicidad
Dios me ha puesto. No Xan, mío;
donde tu vayas irá
Carmela loca de amores
y nadie la detendrá,
Yo que he llorado tu muerte,
al verte resucitar
á mi lado, he de dejarte
ir? Tu, no, no marcharás
sin mí, porque necesito
estar á tu lado.

XAN. ¡Ah,
Carmela! tu estás mintiendo
un amor que en realidad
no es más que un breve destello
que mi riqueza te dá.
Tu, no me quieres. Lo sé.
Eres la que ha de llevar
siempre el corazón tan duro
de aquella tarde,
(con simulado desdén.) ¿verdad?
No, no llores: si yo soy
como tu... Vengo á dejar
mis riquezas á tus pies
para volverme hácia allá
donde lágrimas sin cuento
derramé. Vengo no más
á que formes una idea
de aquél amor de tu Xan
que luchó con lo imposible
y venció.

CAR. No sé explicar
el grande amor que te tengo;
este amor que acabará
por ser mi eterna desdicha.

¡Ay, si pudieran hablar
mis lágrimas!

XAN. No te entiendo.
No me hables de amores más.
Yo vengo aquí... á lo que vengo.
Diez meses, diez meses há
que lucho con lo invencible
por tí, Carmela y al dar
la hora postrer la campana
de la miseria, puntual
me presento. Tú no sabes
lo que hablo. Vete ya
á vigilar si la víctima
hace intentos de escapar
de la red en que cayó
sin sentir. No escapará;
está segura.

CAR. (aterrada.) (¡Que dice!,
La víctima soy yo!..)

XAN. (con satisfacción.) (¡Bah!
¿Que ha de escapar?) Vete pronto
y dí á tu tío que está
un caballero esperando

CAR. ¿Pero tú.....

XAN. interrumpiéndola y señalándola una de las salidas.
Silencio.

(Carmela mutis por el segundo término.)

ESCENA VIII.

XAN.

XAN. ¡Ah!,
yo llevaré todo á cabo.
Nadie me ha visto llegar
y esto es una gran ventaja:
así con más libertad

haré todo. ¿Quién diría
que yo hubiese de posar
mi planta aquí satisfecho?
¡En diez meses nada más!...
Si lo pienso fijamente
imposible es que acertar
pueda lo que me ha pasado
en estos diez meses. Tan
propicia me fué la suerte...
Y no me abandonará
en este trance supremo,
fin de mi felicidad.

ESCENA IX.

XAN Y D. RICARDO *último término.*

D. RIC. (saludando) Bien venido, caballero
XAN. Impaciente su llegada
estaba esperando.
D. RIC. (obligándole á sentarse.) Bien.
XAN. Quizá moleste.
D. RIC. Muy grata
su presencia me será.
XAN. Sin duda están poco claras
mis ideas y no sé
si podré con la palabra
esplicárselas. Hay cosas
que emocionan tanto al alma,
que esclavizan los sentidos
completamente.
D. RIC. (impaciente) ¿Se trata....
XAN. De lo principal, señor,
á que he venido á esta casa.
De mi bien, de mi fortuna.
D. RIC. (acercándose más á él y con interés.)
¿De su fortuna?

XAN. Me falta
un tesoro que hace tiempo
cuerpo y corazón se afanan
en buscar.

D. RIC. ¿Y le encontró?

XAN. Por mi dicha.

D. RIC. No son vanas
las pesquisas, cuando el hombre
que busca algo no descansa.
Si con voluntad de hierro
ni cede ni teme nada,
todo cuanto se propone,
á ser posible, lo alcanza.

XAN. Estoy ya bien convencido
de esa verdad.

D. RIC. Es muy clara.
El hombre consigue todo
cuanto quiere. La desgracia
puede muy bién alejarse
si hay fortaleza en el alma.

XAN. Por eso yo la he tenido.
La loca fortuna, ingrata,
vi que llevaba mi dicha
medio muerta entre sus alas.
La sangre hirvió como fuego,
errante fué mi mirada;
hubo un momento en mi ser
que como un rayo cruzaba
mi cerebro. La locura
mi imaginación cegaba
Dije,—me roban la dicha,
es menester rescatarla;—
y corrí como un iluso
que tras el humo se lanza
con el afán de vengarse
del tormento de la llama;
y cuando la ví ya cerca,

convencido de alcanzarla,
doblé la fuerza y llegué
dispuesto á todo. (Levantándose frenético.)
La rabia
crispa mis manos. Juré
que, si no me la entregaban,
la luz y el humo argentado
se volverán sangre y llama.

D. Ric. (sobresaltado.) Mas... ¿Qué significa esto?

Xan. (tranquilizándose.) Loco de mi. Nada, nada

D. Ric. (con ironía) A fé que si yo supiera,
que era usted... Si, loco; basta.

Xan. (exaltado.) ¿Loco? ¿Yo? usted me ofende.
Tengo la razón muy sana.

D. Ric. Perdone usted. En resumen...

Xan. Hay pasiones que se arraigan
furiosamente en el pecho
y si están esclavizadas
á la fuerza han de gritar
para que calmen sus ansias.

D. Ric. Esa pasión?..

Xan. Es Carmela.

D. Ric. (sorprendido) ¿Carmela?

Xan. Si, ¿qué le extraña?

D. Ric. (insistiendo) ¿Mi sobrina?

Xan. Ya hace tiempo
que echó raiz en el alma
esa pasión y hoy no puedo
en el pecho sujetarla.

D. Ric. Pero tratándose de eso
no adivino porqué causa
tanta cólera le irrita
y con tanto furor me habla.
Creo que es la primera vez
que nos vemos cara á cara.
Ni yo sabía... ni usted
me habrá escuchado palabras

que le contrarien.

XAN. Si,
es verdad.

D. RIC. Si yo llegara
á oponerme á su pasión
entonces vería fundada
su energía. pero así...

XAN. Perdone usted. Yo pensaba...
no se que. La quiero tanto,
que en mi pecho van mezcladas
con la ilusion de ser mía
las penas de no lograrla.
Cuando esta idea me atormenta,
como fuego, llamaradas
abrasan todas mis venas,
la sangre en mis ojos salta,
en mi cerebro se extingue
la luz y ciego de rabia
todo acabó para mí,
porque en el mundo no hay nada
que sostenga mi existencia
y de mis horas amargas
haga siglos de placer.
Carmela sola en el alma
sabe acallar mis pesares.
Comprenda usted si es fundada
mi pasión, si busco aquí
envuelto en mortales ansias
mi bienhadado tesoro,
mi fortuna más preciada.

D. RIC. ¿La conoce V?

XAN. Ha mucho.

D. RIC. ¿Y ella á V?

XAN. También.

D. RIC. (Pues nada
puedo entender,) ¿Y ella sabe
por ventura que usted la ama?

XAN. ¿Ella? No sé... No lo dudo
sin embargo.
D. RIC. Cosa extraña.
No acabaré de entenderlo
si con más franqueza no habla.
XAN. Yo ya le digo á usted todo.
Si he vivido para amarla.
Vengo á pedirle su mano
y espero que rechazada
no me será.
D. RIC. Mas sepamos...

ESCENA X.

DICHOS *y* CARMELA *por el último término.*

XAN. (saliendo al encuentro.)
Ella está aquí. ¿No me amas?
D. RIC. (á Car.) ¿Quien es este caballero?
XAN. (á Carmela imperiosamente.)
(Silencio). Busca en el alma
la flor de dulce pureza
y ve si puede alcanzarla
el que vive para amarte
arrodillado á tus plantas. (Se arrodilla cogiendo apasionadamente las manos de Carmela.)
D. RIC. (impaciente.) Carmela, nada me dices?
¿Le conoces tú?
CAR. Si,
D. RIC. Basta.
Hablemos pués, caballero. (Se dirige al último término.)
XAN. Si, que el tiempo en balde pasa.
CAR. (queriendo detenerle.)
Pero, mio Xan, tú....
XAN. (á Car.) (Silencio

El mar suplicó. (Señala fuera de escena. (El
[mar manda
Señala en escena. Sale último término con D. Ricardo.

ESCENA XI.

CARMELA.

Si un tormento me quitó
cuando le miré con vida,
en otro me sepultó,
porque nada me espantó
tanto como su venida.
De adivinar no he cesado,
mirándole inquietamente,
porqué todo me ha callado
y porqué lleva marcado
algo siniestro en la frente.
Yo no sé de su mirada
esa luz acusadora
porqué me ha dejado helada
como el filo de una espada
sangrienta, amenazadora.
Aquél tierno corazón
que á las orillas del mar
me habló con tanta pasión
querrá hoy mi humillación
para con ella gozar?
Soy su víctima ¡Dios santo!
Hoy que amarle es mi delirio
viene á reir de mi llanto
y á darme en vez de un encanto
un aterrador martirio.
Pero no es posible, no;
pués si me llegó á olvidar,
si mi recuerdo mató,
¿no puedo conseguir yo

ese amor resucitar?
Si yo fuí su bién querido
y en el viví confundida,
¿no será el pecho atrevido
para arrancar al olvido
esa mitad de mi vida?
Y cuando llegue el momento
de reclamarle su amor,
ha de llegar el tormento
á arrebatarme el aliento
y á consumirme el dolor?
Lucharé como he luchado
hasta aquí y si en la dura
alma de Xan me he estrellado
en su recinto sagrado
quiero hallar mi sepultura.

ESCENA XII.

CARMELA *y* SR. ANSELMO *por el foro.*

CAR. (asustada) ¡Jesús!
SR. AN. (sofocado y recorriendo agitado la escena.)
Pronto. ¿Dónde está
mi hijo? Vengo á buscarle
Aqui está; no me lo ocultes. (Sacude violentamente á Carmela.)
Pronto, pronto...
CAR. (atemorizada.) ¡Dios me ampare!
SR. AN. (apretando la frente con sus manos. Transición.)
Diez meses, como diez siglos,
¡diez meses!... ¡diez meses hace
que no le veo! Dios mío,
que felicidad más grande
volverle á ver á mi lado,
cuando creí cosa fácil

morir sin que él me cerrara
los ojos... Vengo á abrazarle. (Se dirige al primer término intentando apartar á Carmela que quiere detenerle.)
Deja, deja.

CAR. (suplicante.) ¡No, por Dios!

SR. AN. (insistiendo) Si está aquí; le vieron antes
entrar y vine corriendo.

CAR. (arrodillándose ante él con las manos cruzadas)
¡Señor Anselmo!

SR. AN. (enérgicamente) Un padre
puede entrar donde le plazca
á ver á su hijo ¿sabes?
¿Tu me lo vás á impedir?
Tu, que casi llego á odiarte,
porque tu fuiste el motivo
de que mi Xan se marchase
de mi lado?.. Me detienes
como reina ¿mas no sabes
que vengo á ver á mi hijo
y derecho, antes que nadie,
para buscarle yo tengo,
para verle y abrazarle?

CAR. (levantándose y con amarga sonrisa)
Me odia V. sin saber
por qué me odia.

SR. ANS. Culpable
no te conoces tu misma
de la huída de Xan?

CAR. (con suma ternura) ¡Padre!

SR. ANS. (asombrado)
¡Padre á mi me llamas... tu!..

CAR. ¿Y cómo habré de llamarle?
Si Xan es mi vida entera,
si Xan es mi fiel amante
y adoro lo que él adora
y acato lo que él acate;

si Xan tiene para usted
el amor más tierno y grande
del hijo, siendo el amor
en él y en mi tan iguales,
¿porqué razón no ha de ser
su padre también mi padre?
Usted me juzga insensata
pensando que soy como antes
fuí para mi pobre Xan.
Fuí su verdugo implacable.
Las lágrimas que él lloró
á mi después abrasáronme.
El tormento que le dí
en mí recayó más tarde.
Las angustias de pensar
que habia muerto, delirante
sumergían en mi pecho,
entre oleadas de sangre,
mi corazón medio muerto
y escuchaba en todas partes
su maldición. ¿Esta angustia
no fué castigo bastante?

SR. ANS. Piensa en lo que hiciera un viejo
si de improviso arrancasen
su sostén, su ser querido
y viéndose balancearse
sobre un abismo sin fin
nadie viniera á ayudarle.
(Colérico) Tu me robaste á mi hijo
y yo debiera estrujarte
entre mis manos. Debiera... (Va hacia Carmela con las manos en alto)

CAR. (asustada huye de él ¡Dios mio!

SR. ANS. (llegando á ella. Transición) Quería vengarme
de ti y estoy humillado
como si fuese el culpable.
¡Tan escasas son mis fuerzas!

Diez meses, diez meses hace,
como diez siglos, que he visto
mi cuerpo más encorvarse,
arrugarseme la frente,
sentir hielo en vez de sangre
correr por mis venas; si,
han llegado hasta secarse
mis ojos, porque la fiebre
me consume. He sido un martir:
y por premio á mi suplicio,
yo, que vengo aquí á buscarle
para estrecharle en mis brazos,
acaso ¡quien sabe!, halle
el golpe mortal que espero
si él se olvidó de su padre

CAR. Eso... ¡por Dios!...

SR. ANS. (con energía) No será,
¿cómo ha de ser? Si tal hace
aún tengo fuerza en el alma
y tengo bríos bastantes
para hacerle comprender
quien soy yo, para arrancarle
la vida. No, no pensemos
en eso. Quiero al instante
mirarle solo un momento,
contra mi pecho estrecharle
y darle el último beso.
¡Dios mio, que no me falte
este consuelo!

CAR. Sí pronto;
pero es menester que antes
escuche yo de sus labios
de perdón alguna frase,
pues ya que perdona el hijo
ha de perdonar el padre.
(Arrodillándose) De rodillas se lo pido
y si aún me juzga culpable

(Cogiéndole la mano)
caiga sobre mi esta mano,
que solo debiera darme
su bendición. (Le besa la mano.)

R. AN. (Emocionado la levanta y la estrecha en sus brazos)
Si, querida...
yo te bendigo... Si.

AR. (con entusiasmo) ¡Padre! (Pausa)

ESCENA XIII.

DICHOS, XAN *y* D. RICARDO *último término.*

R. ANS. (abrazándole) ¡Hijo mio!

AN. ¡Padre!

. RIC. (indignado á Xan) ¡Tú...
Tu el hijo de ese malvado!...
(reparando en Carmela)
¡Carmela! ¡¡Maldición!! (Intenta separarla del Sr. Anselmo)

AR. (resistiendo) No
me arrancará de sus brazos.

R. AN. (estrechándoles)
Son mis hijos, son mis hijos.

AN. (á D. Ricardo: Bien ves ahora todo claro.
Lo que es del mar al mar vuelve.

. RIC. (haciendo esfuerzos por apoderarse de Carmela)
No, no.

AN. (sujetándole) ¿Qué haces, desdichado?
En vano son tus esfuerzos.
Es mia.

. RIC. Antes la mato (Se oye fuera el tumulto de gentes que se acercan. D. Ricardo tiembla y se retira á un lado.)

R. ANS. (á Xan) Te han visto llegar.

. RIC. (maquinalmente) ¿Qué quieren?

AN. (trayéndole otra vez á escena)
Lo que tú les has robado.

Lo poco ó mucho que Dios
había puesto entre sus manos.
No han muerto aún. Una chispa
puede quemar un establo,
aquel establo una casa,
aquella casa un palacio
y aquél palacio dá lumbre
al mundo, para abrasarlo.
Siempre no se puede estar
aborrecido y callado. (cogiendo á Carmela de la mano) Carmela, yo pronto vuelvo
por tí, pero es necesario
que medites si tu amor
tiene suficiente arraigo
para dejar estas pompas
y venir siempre á mi lado.

D. Ric. (avanzando colérico sobre Carmela)
¡Pero es posible, Carmela!...

Xan. (á D. Ricardo con imperio)
Ni una palabra, ni un paso.
Aquí queda. ¡Ay de tí,
si en ella pones tu mano!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración que en el anterior.

ESCENA I.

D. RICARDO (sentado junto á un velador donde hay varios periódicos)

Parece que nuestro asunto
comienza ya á interesar
á los extraños. Es justo:
asi comprender podrán
que es muy malo el socorrer
á estas gentes. Está ya
cumplido al pié de la letra
el castellano refrán
que dice: «cria cuervos y
los ojos te sacarán»
Pero que intentos los suyos
mas infundados. Quizás
creen que alguna fuerza oculta
á sostenerles vendrá.
¡Qué ilusos, válgame el cielo!
¡Como turbando la paz
en que vivimos tranquilos
vienen de luto á llenar
sus hogares! porque el maüser,
el maüser su efecto hará.
Quisiera que me escuchasen
todos aquí, pero ¡bah!
si ciegos completamente

por el maldito odio están!
Esa ansia de riquezas
á que reducen su afán;
esa envidia que nos tienen,
por que no pueden medrar
como nosotros á fuerza
de disgustos... ¿Dónde vais?
¿No veis que por nuestra parte,
aunque el derecho no está,
como vosotros decís,
la fuerza domina ya
vuestras cabezas? Ilusos,
¿para qué os empeñais
en derramar vuestra sangre
si de nada servirá?
Esta es la ley del trabajo,
hay pobres y ricos hay.
El pobre ha de conformarse
y ajustar su voluntad
á su pobreza, sinó
mal paradero tendrá
Si su alimento es menguado
tenga paciencia; vendrán
épocas de más riqueza;
pero no piense jamás
poder conseguir del trono
á la riqueza arrojar.
Si en este intento persisten,
el maüser su efecto hará.

ESCENA II.

D. Ricardo *y* Carmela *por el primer término. ver á D. Ricardo intenta retirarse.*

D. Ric. (deteniéndola)
¿Huyes de mi? ¡Ah! sin duda

te remuerde la conciencia.

CAR. Está tranquila, señor.

D. RIC. ¡Infeliz como te vengas
de los males que te he hecho!
Yo que arrojé la miseria
de tu porvenir, que supe
evitarte las afrentas
de la vida, que son muchas
si se vive en la pobreza... Acercándose más.
Oye, alma vil, quiero á solas
lo que acaso no recuerdas
repetirte una y mil veces.
No, no bajes la cabeza.
¿Quién soy yo? Soy tu verdugo,
el verdugo que á una huérfana
recoje desamparada
y con amor la sustenta
y la educa y sus harapos
cambia por nubes de seda.
Soy el verdugo que saca
de la cabañuca infecta
á su víctima y la pone
en el trono de una reina.
Merezco, sí, tu reproche
y merezco que me hieras
con tus odios, porque soy
quien te hace mal, quien te cerca,
en vez de un tosco pañuelo
en la frente una diadema.
Yo soy para tí un tirano
terrible.

CAR. (con altivez.) Señor.

D. RIC. (con ira comprimida.) Carmela,
alma ruin, como te gozas
en mis tormentos ¿No tiemblas
al ver que estás cara á cara
de tu juez que estrecha cuenta

va á pedirte de tus actos,
del juez que tú vida entera
tiene en su código escrita
y sin que valga defensa,
en sentencia inapelable,
á la muerte te condena?

CAR. ¿Porqué he de temblar? ¿Que crimen
pudo manchar mi inocencia?
¿Es el amor un delito?

D. RIC. Pero ese amor que sustentas
es para mí tu desdén
y una burla y una ofensa:
es decirme claramente
que de mi nombre reniegas.
En pago de mis desvelos
tu corazón no recela
devolverme ingratitudes;
pero, ¡ay de tí! estás presa
fuertemente entre mis manos
y solamente te espera
obedecerme ó morir;
conque escoge lo que quieras.

CAR. ¿Morir?

D. RIC. Sí, ¿no lo comprendes?
Soy tú dueño y nadie llega
hasta aquí. Estamos solos.
Xan no viene á tu defensa.

CAR. con decisión. ¿Quiere usted sangre inocente?
Si así le conviene hiera
sin temor. No faltará
quien me vengue.

D. RIC. Sí, Carmela,
te mataré, éstoy ciego.
No es posible que contenga
mi furor. ¿No me obedeces?
Pués te obligaré por fuerza. (Lleva sus manos violentamente hasia Carmela, esta le aparta.)

CAR. Atrás. Si solos estamos,
al menos su ira contenga
y no concluyan sus odios
en repugnante bajeza.
Mi amor profundo, arraigado
sostiene mi vida entera
y abdicar de él sería tanto
como matarme. Comprenda
que á nadie ofende este amor
y si usted por una ofensa
lo ha traducido, es tan solo
porque ataca á su conciencia;
porque usted no puede ver
que arroje á un lado la seda
pues comprendo que deslustra
y que mancha mi pureza.
Aunque tarde, he comprendido
que las joyas y las perlas
que usted me ha dado no puedo
llevarlas, y no se ofenda
si digo que de desgracias
y lágrimas fueron hechas,
y en un palacio vivimos
cimentado en la miseria.
Bien me acuerdo; era una niña
y cuantas veces de pena
vi que el pecho se oprimía
viendo bajar la escalera
á tantos desventurados,
que á cambio de unas monedas
miserables, se dejaban
el sudor, la vida entera.

. RIC. (colérico) Carmela...

AR. (insistiendo) Si; de este modo
se fundaba una riqueza.

. RIC. Para tí. No la agradeces.

CAR. La maldigo. Lo que quiera
puede usted con ella hacer,
mas ante Dios que aparezca
mi corazón inocente
de ese crimen.

D. RIC. Ten la lengua.
¿Crimen has dicho? Yo tuve
siempre mis arcas abiertas
para todo el que venía
á pedir que protegiera
sus males.

CAR. Y en cambio de ello
el pobre perdía sus fuerzas
para doblar lo prestado
y volver á la miseria.

D. RIC. Mis favores eran grandes
y justa la recompensa.
He trabajado por tí
para poner una herencia
grande á disposición,
sin embargo la desprecias
y te atreves á injuriarme
de ese modo. Mas espera:
quiero que de los insultos
que me lanzas te arrepientas;
quiero arrojarte al arroyo,
quiero arrancarte la lengua
para que no insultes más
á aquel que la vida entera
debes. Quiero... (La arroja con violencia contra un sillón)

CAR. (aterrada) ¡¡Ay!!

D. RIC. (contemplándola con indignación)
¡Ser vil!
Antes he de verte muerta
que en manos de ese. Ya sabes
que dos caminos te quedan:

obedecerme ó morir.
Escoge tu el que mas quieras
(Sale segundo término. Pausa.)

ESCENA III.

CARMELA.

¿Qué me pasa? ¿Por qué tiemblo
¿Ha de dominar su fuerza
mi corazón? No, Dios mio.
¿Volverme atrás?..Antes muerta:
él lo ha dicho. Nada temo.
A las más terribles penas,
á los más duros tormentos
á la muerte... estoy dispuesta.
¿Morir? ¡Qué cosa mas grande
si en aras de las ideas
y del amor nuestro cuerpo
se sacrifica! ¡Que bella
aurora la del martirio!..
No es morir: el alma vuela
entre nubes de oro y grana
al cielo, desde la hoguera.
No es morir, porque si el cuerpo
pierde todas sus potencias,
en raudo vuelo el espíritu
sus dulces alas despliega
y en castigo á sus verdugos
la sangre de la inocencia
les ahoga, les oprime,
les vuelve locos, les ciega.
¿Morir? ¡Que cosa mas grande!
para el alma que no espera
en este valle de lágrimas
mas que tormentos y penas;
para el alma que al suplicio

grabados en oro lleva
con el sol de sus amores
la aurora de sus ideas!

ESCENA IV.

CARMELA *y* XAN *por el foro y con trage de pescador.*

CAR. (corriendo á él con alegria)
¡Xan de mi vida! ¡Mio Xan!

XAN. (¡Qué hermosa está, por San Telmo!
Los ojos como dos soles
alegres; suelto su pelo
en dos trenzas, como entonces!..)

CAR. Que me lleves al mar quiero
Aquí ya no se respira;
han dejado sus alientos
las mas negras maldiciones.
Quiero en la playa contento
verte á mi lado.

XAN. ¿Qué ocurre?
Carmela, no te comprendo.
¿Vas á trocar tus riquezas
por mis redes?

CAR. Eso quiero.
Vivir feliz á tu lado.

XAN. ¿Es verdad lo que diciendo
estás? No tengo riquezas.
Soy un pobre marinero,
No puedo ofrecerte nada
mas que mi barca. No puedo
darte perlas y diamantes,
más que trabajo y desvelos.

CAR. ¿No ves cómo despojada
estoy ya de todo aquello
que alimentaba mi orgullo?
¿No ves que he arrojado al suelo

todas mis galas? Yo busco
en tu corazón el fuego
que sostiene mi existencia.
Busco aquel amor inmenso
que por nuestra dicha tuvo
de testigos mar y cielo.
He despertado. La vida,
me ha presentado en revuelto
torbellino sus tragedias
y un caliz de hieles pleno
he visto que me acercaba
á los labios, como á aquellos
desdichados que yacían
en el abismo volviendo
sus amortiguados ojos,
en un esfuerzo supremo,
llenos de vaga esperanza
al porvenir donde el genio
bruscamente levantaba
de la inmundicia y del cieno
un alma viril, que agita
su candente centelleo
el vigor adormecido
que puede salvar á un pueblo.
Allí está: amenazador,
mostrando al aire su pecho,
afirmado entre las rocas,
el brazo estendido al cielo
y la mirada radiante
á la desgracia diciendo:
«Alza esa frente abatida
y refúgiate en mi pecho.
Ven á dejar tus cadenas
á mis pies. Rompe el tormento
que consume tus entrañas
y juntos descenderemos
á purificar la tierra

con savia del firmamento.»

XAN. Tu has sido ese venturoso,
ese bienhadado genio
que hizo formar atrevidas
empresas en mi cerebro.
Allí, en el alto, radiante
de hermosura yo te tengo
á mí lado. Si, Carmela,
juntos, muy juntos iremos
á afirmar más nuestro amor,
luchando por todos esos
desgraciados que no pueden
más que llorar sus tormentos.
¡Ah! la lucha por el bién
es el mágico trofeo
que llevará nuestro amor
a todas partes: al cielo
para que Dios nos bendiga,
á la tierra porque el muerto
corazón á vida vuelva
nuestra voz obedeciendo,
al abismo y á la altura,
hasta la luz, hasta el centro
de las tinieblas, al punto
donde se pierde el aliento,
adonde acaba la vida,
al átomo, al universo.
Tu amór me inspiró una idea,
la fomentó, la dió alientos
y por cumplirla hasta el fin,
por llevarla á feliz término
continuamente he luchado
sin descansar un momento.
En cuerpo endeble formé
corazón viríl é intrépido.
Rugió con furia el torrente,
y la inacción sacudiendo

hizo que el alma dormida
despertase de su sueño.
Hoy da principio la lucha:
la campana obedeciendo
verás alzarse valiente
un pueblo tras otro pueblo.
Bastante tiempo han estado
los infelices gimiendo
bajo el peso de la usura.
Bastante, bastante tiempo
á la vil explotación
permanecieron sujetos.
Llegó el día de venganzas.

CAR. Mis joyas y mi dinero
para los pobres. Nosotros
pura el alma y sano el cuerpo
con la barca y con las redes
de Dios benditos iremos
á buscar el pan de cada
día. El mar será el inmenso
tesoro que poseamos.
Nuestro dosel será el cielo.
Nuestro pedestal las olas,
y en el dulce balanceo
de nuestra barca dichosos,
como dos reyes, seremos.

KAN. (con entusiásmo.)
Alma grande, porque sí...
Un alma que vence al viento
huracanado, que sabe
sobreponerse al tormento,
vencer con su cuerpo débil
las mezquindades del suelo.
Soy tu esclavo y sepan todos
los creyentes, los escépticos,
los sabios, los ignorantes,
los humildes, los soberbios,

que solo en un alma pura,
á quien inspiren desprecio
las ruindades de la vida,
alma que abrigue en su seno
pureza, amor, ¡mucho amor!
donde el egoismo ciego
se estrelle, á regenerar
la humanidad hay derecho.
Un alma, que sacrifica
por un desdichado pueblo
toda su esencia, merece,
que como yo la venero, (se arrodilla)
caiga postrado á sus plantas
de hinojos el mundo entero.

CAR. (levantándole) No, tu, no. Yo soy tu es-
[clavo
tu eres mi señor, mi dueño,

XAN. ¡Desgraciado el que se atreva
solo con el pensamiento
á maldecirte! Yo juro
por mi vida que su cuerpo,
para escarmiento del crimen,
arrastraré por el suelo.

ESCENA V.

DICHOS *y* SR. ANSELMO *por el foro.*

XAN. Padre, ya somos felices.
Ya he visto por fin cumplida
mi ambición. Tengo en mis manos
lo que tanto apetecía.
Mi empeño, padre fué grande
y luché por conseguirla
con las mil dificultades
que á mi paso se oponían.
Ni me detuvo el abismo

ni me acobardó la cima.
Siempre adelante, buscando
esta mitad de vida.

SR. AN. Pero, Xan, en pago de ello
algo abreviaste la ruina
de mi ser. Fuí un desdichado.
Pasaba día tras día
mirando hacia el horizonte
ansioso, cual si á la orilla
pudiera traerlo por
rebuscar en sus neblinas
algo que echaba de menos,
cuya falta consumía
mi corazón. Caro fué
lo que tanto apetecías.

CAR. Ahora ya estamos juntos.
No nos faltará la dicha.
Usted podrá descansar
de sus pasadas fatigas.
Xan y yo trabajaremos
y á la tarde á las orillas
nos verá llegar gozosos
cantando con alegría.

XAN. Si, padre, trabajaremos,
y así su vejez tranquila
dulcemente pasará.

SR. ANS. (enternecido) Dios os pague con mil dichas
todo.

CAR. (escuchando) Alguno aqui se acerca

SR. ANS. No temas nada, querida.

XAN. (escuchando) Silencio.

CAR. ¿Qué?

SR. ANS. (á los dos) Retiraos.

XAN. Es D. Ricardo.

SR. ANS. Su ruina.
á prevenirle he venido. (Xan hace mutis por el foro y Carmela por la izquierda primer término)

Hay momentos en la vida
inspirados y ¡quien sabe
si este hombre con su altiva
cerviz va á tocar el polvo,
y su alma arrepentida,
ó aterrada ante el peligro,
al pobre vuelve sus miras!...

ESCENA VI.

SR. ANSELMO *y* D. RICARDO *por el segundo término*

D. RIC. (sorprendido)
¿Con qué derecho te encuentras
para entrar aquí?

SR. AN. Ricardo,
no es hora que reconvengas
mi atrevimiento. Si paso
los umbrales de tu casa
es para decirte algo
que te interesa.

D. RIC. ¿A mí?
Nada bueno de tus labios
ha de salir.

SR. AN. Mal principio.
Estoy ya pronosticando
el fin de nuestra entrevista.

D. RIC. Pues si el desenlace claro
ves, mejor es que te vayas
en paz. Si te ocurre algo
es suficiente que dés
la noticia á mis criados.

SR. ANS. Es preciso que me escuches.
No vengo aquí á nada malo.
Ya ves que tus servidores
me han dejado el paso franco.

D. RIC. (indignado) ¡Ellos también!

t. Ans. ¿Qué te asusta?
No pueden cortar mi paso
porque ven que en mi derecho
estoy. Somos dos contrarios.
Vamos á parlamentar
y después de que lo hayamos
hecho, nos separaremos
á resolver lo aquí hablado.
. Ric. Deja á un lado los rodeos
y acaba, por dos mil diablos.
R. An. No te impacientes. Preciso
es que con calma vayamos;
así nos entenderemos
mucho mejor. Es el caso
que en diez meses, que mi hijo
estuvo de aquí alejado,
han pasado grandes cosas
de interés estraordinario.
Sabes que toda esta costa
está inundada de avaros (D. Ricardo demuestra visiblemente su agitación.)
No te impacientes, escucha:
ten calma, hombre; si vamos
á decidir un asunto
discutido y empeñado.
En cada pueblo, á lo menos,
domina ha tiempo un tirano
que es señor de lo que está
al alcance de sus manos.
Medio pueblo á su servicio
tiene, mal remunerado,
y el otro medio, si quiere
dedicarse á su trabajo
libremente, vive estrecho
y siempre mortificado,
porque si quiere tener
un poco de pan, al alto

mar encamina su barca,
para coger lo escarpado
de las orillas y hay dias
y semanas que bregando
está con el oleaje,
si quiere volverse salvo
hasta las playas. Aquí
lo mismo sucede. Estamos
viviendo mal y si alguno
se le ocurre, ¡desgraciado!,
acercarse á vuestras casas
á que le deis cuatro cuartos
miserables, le obligais
á que os firme un contrato
y si paga, paga el doble
y si no paga, al embargo.

D. Ric. ¿Pues cómo ha de ser?

Sr. An. Resulta
que el mar no es el que te ha dado
tanta riqueza, es decir,
con justicia trabajando.
Quien pierde su cabañuca;
otro deja cuatro trapos
que son su abrigo; otro ve
que su barca pasa á manos
vuestras... ¿Y de que os sirve
esa miseria? Son trastos
que amontonáis complacidos
para gozar con el daño.
Aqui se hielan de frío;
duermen allí al cielo raso;
otros ven mermar sus fuerzas
para volver lo prestado;
y aquellos fuertes aún,
jóvenes, robustos, sanos
esperando la míseria
están brazo sobre brazo,

porque su barca fué el único
enser que encontró el embargo.

RIC. (colérico.)
Sal de esta casa al momento
si el vivir tienes en algo.

. AN. ¿Amenazas?.. Ya lo sé...
Si esto lo tenía pensado.
Pero es preciso que escuches
á lo que vengo (Señalando fuera.)
Su ocaso
toca el sol. Poco nos queda;
los momentos son contados.
Mi hijo corrió las cortes
y en ese hornillo apagado
que vosotros llamais plebe
hizo encender fuego santo
y dispuestos á la muerte,
pués que en vida la han llevado,
hoy alzaran esos hombres
contra vosotros sus manos.
Las campanas de los templos
han de tocar á rebato.
Todos estamos dispuestos
á sucumbir, más luchando.
Conque no digas después
que no te avisan, Ricardo.
Si quieres volver al pobre
lo que es del pobre, callados
estaremos y por Dios
que todos te perdonamos

. RIC. ¿Que loy puede proteger
al asesino, al malvado?

R. AN. Calla, calla, no blasfemes.
Pedimos lo nuestro. Tanto
tiempo no se puede estar
hambrientos y despreciados.

. RIC. (mostrándole los periódicos que hay sobre la mesa.)

Ve que la opinión en todo
nos favorece.

SR. AN. Ricardo,
los papeles nada importan,
que algunos como Pilato
son, pués si comprometidos
se encuentran lavan sus manos,
Eso es lo que envuelve al mundo.
Papel... ¡Bah! Siempre chillando
(Arroja los periódicos al suelo con desprecio)
Esto no sirve. Obras, obras,
que en el obrar no hay engaño

D. RIC. Es mejor, si, que vayais
á la lucha y acabamos
con todo: dando la cara
es fácil esterminaros.

SR. AN. Si así quereis, decididos
á la lucha nos lanzamos.
Disputaremos la tumba
cuerpo á cuerpo, palmo á palmo,
y si el hombre no comprende
la razón porque luchamos,
alce los ojos al cielo
que Dios la tiene en su mano.
O á la muerte, ó a darnos pan
y á devolver lo robado (Sale foro.)

ESCENA VII.

D. RICARDO *desde el foro.*

Id á buscaros la muerte:
solo ella puede librarnos
de vuestra intención malévola,
de vuestros odios satánicos.
Id á la lucha que allí
ha de quedar sepultado

vuestro ser ruin y mezquino
y podremos ver un claro
en ese horizonte negro
que amenaza á los honrados
ciudadanos. Todo el mundo
se salvará exterminándoos.

ESCENA VIII.

D. RICARDO *y* CARMELA *por el primer término* (acelerada sin ver á D. Ricardo se dirige al balcón.)

D. RIC. (siguiéndola:) (Ella... ¿Qué busca?)
CAR. (impaciente.) (Aún no vuelve) (Vuelve á escena; sorprendida con la presencia de D. Ricardo) ¡Ah!
D. RIC. (deteniéndola y con afabilidad.)
No te escapas.
A todas partes te sigo.
Si no puedes hacer nada
sin que yo en tu seguimiento
de uno ó de otro modo vaya.
Vamos, Carmela, no quiero
que manos de hermoso nácar
se arruguen con los trabajos
y se curtan con el agua.
No quiero que tus mejillas
tan frescas, tan sonrosadas,
se marchiten con el viento
y con el sol; que tu planta
no pise el áspero suelo
de las orillas descalza.
Quiero mirar por tu bien,
decirte en una palabra
que perdono tus ofensas
y te quiero.

CAR. (con amarga sonrisa:) Muchas gracias.
D. RIC. Vamos á salir de aquí
los tres. Tengo una barca
dispuesta ya á transportarnos
lejos, pues nos amenazan
serios disgustos. ¿Verdad
que atenderás mis palabras?
CAR. Exige V. lo imposible.
D. RIC. Si no temes mi amenaza
porqué no escuchas mi ruego?
CAR. Haga V. lo que le plazca.
Yo ya no puedo alejarme.
Hay otra fuerza que manda
en mi corazón: mi amor,
y si V. de aquí me arranca
será muerta.
D. RIC. Pero tú
quieres mezclarte en la infamia
de esos bandidos?... Carmela,
decide pronto, que pasan
los momentos tan preciosos
que nos hacen tanta falta
para salvarnos. Comprende
que tu honor y dicha matas;
que es muy duro el entregarse
en brazos de la canalla.
Cambio repentino y brusco:
ayer rica, agasajada,
y hoy hundida entre la arena,
entre los inmundos parias.
CAR. No pierda V. tiempo hermoso
que aprovechar le hace falta
para salvarse, que yo
mi resolución pensada
tengo. Nada me convence,
ni súplicas, ni amenazas.
Quiero purgar trabajando

mi vida anterior holgada
y fastuosa. Es un camino
que mi conciencia me marca.

RIC. (fuera de sí.)
No, no. No descansaré.
Sé que estás alucinada
por ese malvado. No.
A la fuerza se te arranca
de aquí. No puedo ver que
mis caricias y mis ansias,
para protegerte, queden
en un momento frustradas.
Has de venir; á la fuerza.

CAR. (resistiendo.) Jamás, jamás.

D. RIC. (atrayéndola.) Vamos, anda...
A la fuerza.

CAR. (gritando.) ¡¡Ay!!

D. RIC. (luchando por llevarla.) Silencio.
No grites. ¡Silencio! ¡Calla!...
¡Carmela!... Vamos...

CAR. (suplicante) ¡Por Dios!

D. RIC. (insistiendo) A la fuerza.

ESCENA IX.

DICHOS *y* D.ª AMALIA *segundo término.*

D.ª AM. (entrando.) Ya la barca...
(Transición) ¿Qué es eso?

D. RIC. Esta infeliz
sigue en su idea obstinada.

D.ª AM. (disuadiéndola.) Hija, por Dios...

CAR. (con resolución.) Antes muerta.

D. RIC. (sacando un puñal y dispuesto á herir.)
¡Antes muerta, desgraciada!

D.ª AM. (avalanzándose sobre D. Ricardo y sujetándole el brazo.) ¡¡Ricardo!! Momento de lucha.)

ESCENA X.

DICHOS *y* XAN *por el foro.*

XAN. (desde el foro á D. Ricardo.) No te detengas
si te atreves á matarla.

D. RIC. (cayendo anonadado en una silla.)
(¡Perdidos!) (D.ª Amalia se desmaya.)

XAN. (señalando á D. Ricardo á través del balcón.)
Mira ya el sol
como los montes traspasa.
(Se oye toque de campanas lejos; luego en el pueblo un sordo rumor que se acrecienta á medida que sucede de la escena

XAN. Escucha. Es la señal.
Mira como se levanta
al otro lado la luna
y en su claridad opaca
brillan los genios del bien.
Mira allí á la desbandada
hundirse en el horizonte
aquellas horribles manchas
de las tinieblas. (Se nota el fulgor de la luna por el balcón.)

CAR. (entusiasmada corriendo al balcón) ¡Luz! ¡Luz.

XAN. (cogiéndola de la mano.)
Vamos, Carmela. (Se dirigen al foro. En este momento se oyen las voces de los pescadores cerca de la casa. Xan se lanza agitado al balcón.)
Ya se alzan
sordos rumores. El mar
está gritando: «¡venganza!!»

D. RIC. (aprovechando el descuido de Xan se lanza violentamente sobre Carmela y la hiere con el puñal.)
Muerta he de verte. (Carmela cae en brazos del señor Anselmo que entra.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS *y el* SR. ANSELMO *por el foro.*

SR. ANS. (estrechando á Carmela y amenazando á D. Ricardo
¡Maldito!

XAN. (volviendo aterrado.) ¡Qué pasó!..

CAR. (moribunda.) Xan de mi alma. (Entra un rayo de luz, semejando la luna, que ilumina solamente el grupo formado por Carmela y el Sr. Anselmo)

XAN. (á don Ricardo.) La has matado, miserable.
(Le arrastra hasta el balcón después de derribarle al suelo y cogerle el puñal.)
al suplicio iras á rastras.
(Hablando desde el balcón al público)
¿Veis ese rayo de luna?
Al cielo vuela su alma.
Con sacrificios como este; (por Carmela al pueblo.) con sangre de los canallas
se regeneran los pueblos,
se santifican, se salvan.

TELON RAPIDO

FIN DEL DRAMA

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla.
El autor se encarga del cobro de los derechos de propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

ESTBL. TIPOG. DE N. FIDALGO, ASTORGA.